

Asedios a la masculinidad hegemónica: a propósito de la obra de Luis Rafael Sánchez¹

Elena M. Martínez
Baruch College (CUNY)

“...una palabra es mucho más que una palabra: es una toma de poder”
 (“La generación o sea” L.R. Sánchez)

La literatura de Luis Rafael Sánchez confronta la construcción masculina normativa y hegemónica. Ese cuestionamiento en cuanto al género sexual en la obra de Sánchez –porque emplaza no sólo la subjetividad masculina sino también la construcción femenina en su literatura-- es parte de una intención de revisar los postulados de la sociedad puertorriqueña. Esa tarea está ligada a la indagación sobre la identidad y la nación que comienza a partir de la década del setenta. Las obras de Luis Rafael Sánchez, Rosario Ferré, Ana Lydia Vega y Edgardo Rodríguez Juliá inauguran tendencias nuevas y anticanónicas. En años recientes las novelas *Sirena Selena vestida de pena* (2002) y *Nuestra señora de la noche* (2006) de Mayra Santos Febres continúan la tarea revisionista de sus precursores. Estas obras, a diferencia de los discursos paternalistas que tratan de eliminar la dispersión y lograr una univocidad, examinan la dispersión y la hibridez como elementos principales de la nación. El mismo Sánchez en su ensayo “Cinco problemas al escritor puertorriqueño” (1978) plantea como proyecto necesario para los escritores el reconocer un par de cosas: lo primero lo que él llama “los demonios nacionales” para así poder insistir en la crisis de su nacionalidad, y luego reconocer la modificación de su sensibilidad por la experiencia colonial. Asimismo pasa a insistir en la necesidad del reconocimiento de los lenguajes críticos y la entrada de lenguajes de la clase trabajadora junto al de la privilegiada (“Cinco problemas” 121).

En su libro *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* Juan Gelpí analiza con rigor el paternalismo imbricado en la literatura canónica y la ruptura con esa tradición en la década del setenta. Sostiene que Antonio S. Pedreira y René Marqués representan respectivamente la consolidación y la crisis del discurso paternalista (Gelpí 2). Si *El puertorriqueño dócil* (1960) de René Marqués incide en la retórica nacionalista y paternalista, *El país de cuatro pisos* (1980) de José Luis González responde y replantea desde la óptica de la diversidad y la heterogeneidad, la identidad y la nación. El discurso paternalista supone una relación entre los que tienen poder y los sometidos. Explica Gelpí que supone siempre una relación jerárquica entre sujetos:

Del paternalismo habría que destacar ante todo una “topografía” peculiar que lo caracteriza: el hecho de que supone una relación jerárquica entre sujetos, uno de los cuales se constituye en “superior” al relegar al otro o a los otros a la categoría de “subordinados”. Si el superior se coloca en una posición privilegiada es por la relación de poder que entabla con el otro, pero también porque entabla una retórica. Es paternalista quien se ve como padre y coloca a otros miembros de la

sociedad en una posición inferior de niños figurados. La retórica del paternalismo a menudo remite a las relaciones familiares, y su metáfora fundamental consiste en equiparar a la nación con una gran familia. (Gelpí 2)

Así, la jerarquía y la homogeneización son características del paternalismo. En la retórica paternalista se tiende a homogenizar a través del ejercicio del poder. La palabra paternalista remite a un orden masculino. En ese entramado, lo masculino se reconoce como la norma y lo femenino como la alteridad. Los sujetos masculinos ejercen una supremacía o hegemonía sobre los otros que tienen menos poder ya sean sujetos femeninos u otros hombres que no tienen los atributos que se asocian con lo masculino. La masculinidad normativa, como aclaran los sociólogos, está definida por el poder, la agresión y el énfasis en la sexualidad. La agresividad del sujeto masculino ha estado ligada a la sexualidad. Por ello, la masculinidad existe como una relación de poder. Históricamente y respondiendo a los parámetros patriarcales, la masculinidad ha sido más importante para el hombre que la feminidad para la mujer.

La necesidad del análisis de la masculinidad surge como resultado de los estudios feministas. En los años setenta en los Estados Unidos se da un movimiento de liberación de los hombres heterosexuales. De esta manera, los estudios de las experiencias sociales de los hombres, lejos de ser contrarios a los de las mujeres, son su corolario lógico. Si la situación de las mujeres había pasado desapercibida por no considerarse como la normativa, la de los hombres no se había analizado por considerarla como la norma. Con respecto a esto, Harry Brod parafraseando a David Morgan advierte la necesidad de examinar la construcción de lo masculino, precisamente porque “While women have been obscured from our vision by being too much in the background, men have been obscured by being too much in the foreground” (Brod 40-41). Por lo tanto, el examen de la masculinidad contribuye a la reconstrucción feminista, es decir, es esencial al análisis del género.

En el contexto puertorriqueño, los trabajos del antropólogo Rafael Ramírez han marcado una pauta en el examen de la masculinidad. Su libro *Dime Capitán: Reflexiones sobre la masculinidad en Puerto Rico* (traducido al inglés como *What it means to be a man*) y también el ensayo “Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión” de Rafael Ramírez y Víctor García Toro presentan planteamientos esclarecedores. Tomando como punto de partida los trabajos y un esquema de categorías de las masculinidades desarrolladas por el sociólogo Raewyn Connell, Ramírez y García Toro identifican varias formas de masculinidades en Puerto Rico, entre ellas, la hegemónica, la hipermasculinidad; la cómplice; la contestataria y la subordinada. El concepto de masculinidad hegemónica toma como punto de partida el concepto gramsciano del poder. Por su parte Connell define la masculinidad hegemónica como: “La configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (*La organización social* 39). A las categorías de Connell, agregan Ramírez y García Toro, la hipermasculinidad y la masculinidad contestataria. Por hipermasculinidad se entiende la exageración de lo que

se considera masculino tanto en el cuerpo como en el comportamiento. La masculinidad contestataria cuestiona y rechaza la masculinidad hegemónica.

Los once relatos de la colección *En cuerpo de camisa* (1966) de Luis Rafael Sánchez presentan personajes carentes de poder, descentrados y marginados, los cuales tenían una representación limitada en la literatura puertorriqueña de las décadas anteriores. Entre estos están los negros, los homosexuales, las mujeres, los drogadictos y los locos. “Aleluya negra” y “¡Jum!” presentan personajes masculinos de escasa representación en la literatura de la isla hasta ese entonces. En “Aleluya Negra” Carmelo muestra una hipersexualidad violenta y ruda; mientras que el personaje del segundo relato, sólo nombrado como “el hijo de Trinidad”, es mulato y homosexual. Ambientado en un pueblo de afro-puertorriqueños, “Aleluya Negra” describe un ritual que concluye en la violación de una joven mulata. La relevancia de los elementos afropuertorriqueños en el mismo, ya sea en su expresión de la negritud y la mulatez, ha dado lugar a que el cuento se leyera como una exaltación de esa herencia. La fuerza sexual del personaje Carmelo incide, sin embargo, en la hipersexualización del negro, lugar común en la literatura occidental. Muchos críticos han visto el cuento como una celebración de la cultura negra. Efraín Barradas afirma:

“Aleluya negra” responde de forma agresiva a la visión del negro como ser hipersexual con exaltación de los principios mismos que se usan para denigrarlo. Esa exaltación es una reafirmación del elemento negro en nuestro mestizaje cultural y racial, y es también un ataque a cualquier interpretación que no tome a éste como parte de nuestra identidad nacional. (Barradas 63-4)

Por su parte, Margarite Fernández Olmos en su artículo “Luis Rafael Sánchez and Rosario Ferré: Sexual Politics and Contemporary Puerto Rican Narrative” apunta que en el cuento chocan la cuestión racial y la de género sexual; se presenta la cultura afrocaribeña pero a expensas de la violencia hacia la joven mulata. La iniciación de la muchacha en un rito afrocaribeño va a la par con la violencia sexual. Acertadamente, Fernández Olmos pregunta por qué la identidad nacional tiene que ir acompañada por un acto agresivo hacia la mujer (Fernández Olmos 42). Por otro lado, en “¡Jum!”, Sánchez continúa la exploración de la sexualidad y la identidad racial del personaje masculino. Sin embargo, si en “Aleluya negra” se presenta al negro Carmelo como elemento central de esa cultura, y como hipersexual, en “Jum!” el personaje mulato es homosexual.

El mismo título del relato, “¡Jum!” voz onomatopéyica que reproduce la sospecha que siente la gente del pueblo hacia el homosexual, sin nombre e identificado como “el hijo de Trinidad”, advierte la tensión entre el individuo y la comunidad. Así, este relato inscribe una forma de marginalidad más marcada ya que el protagonista es homosexual—de hecho, es uno de los primeros personajes homosexuales en la literatura puertorriqueña. En este cuento los hombres del pueblo acosan al homosexual:

¡Jum!

Los hombres, ya seguros del relajo, le esperaban por el cocal para
 aparrearle a voces...
 ¡Patito!
 ¡Pateto!
 ¡Loca! (55-56)

El estilo del cuento pone énfasis en el distanciamiento y el ostracismo que sufre el joven homosexual y mulato en una comunidad que lo persigue y, simbólicamente, lo empuja al suicidio al final del relato por no responder al modelo de masculinidad hegemónica. A través del hostigamiento al hijo de Trinidad por parte del pueblo, el relato trabaja magistralmente su “borramiento” social y su destrucción final, o su liberación como lo ha visto Arnaldo Cruz Malavé para quien el relato es esencial para la fundación de la literatura puertorriqueña en los Estados Unidos. Este es un ejemplo del uso de la fuerza por parte de los que representan la masculinidad hegemónica sobre los otros. Como apuntan Rafael Ramírez y García Toro en “Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión”, la masculinidad hegemónica a su vez subordina, margina y devalúa a aquellos hombres que no cumplen con las exigencias que ella impone. Así, los homosexuales o los hombres que muestran debilidad física o de carácter son tratados como inferiores. Refiriéndose al contexto puertorriqueño y latinoamericano Ramírez y García Toro afirman: “En Puerto Rico, al igual que en otras sociedades del Caribe y la América Latina, los homosexuales, los afeminados y los hombres considerados delicados o débiles son tratados como subordinados” (9).

La mirada crítica a los sujetos masculinos, así como la exploración de los elementos africanos en la cultura puertorriqueña que Sánchez inaugura en sus cuentos “Aleluya negra” y “¡Jum!”, la continúa en *La Guaracha del Macho Camacho* (1976), texto innovador que confronta la tradición literaria puertorriqueña. Precisamente, Gelpí lee *La Guaracha* como contratexto del canon literario paternalista y apunta que mientras la literatura paternalista propone una visión autoritaria, cerrada y unificante de la cultura, la obra de Sánchez es de ruptura, ataca la autoridad y presenta la mezcla y la heterogeneidad racial del Caribe.² Sostiene que *La Guaracha* entabla un diálogo contradictorio con el clásico de Pedreira y que esto produce una transformación en los modos de lectura como de las obras que se habían vinculado con ese discurso o esa visión de mundo (Gelpí 18).

Por el lugar privilegiado que ocupa la masculinidad en la cultura latinoamericana, en *La Guaracha* ésta es objeto de un severo cuestionamiento, el cual se articula a través de la representación de los personajes Vicente Reinoso, Benny y el Nene quienes presentan distintas formas de masculinidad. Reinoso encarna la masculinidad hegemónica, la cual es la que se ve como la norma. Ramírez y García Toro la definen así: “Es aquélla que se expone como la forma natural de lo masculino y se estructuran dispositivos para legitimar su dominación” (8). A su vez, Benny, el hijo de Vicente, representa la masculinidad cómplice y el Nene encarna la masculinidad subordinada. Cada uno de estos personajes masculinos representa una generación puertorriqueña (el hombre maduro; el joven; y el niño, respectivamente).

Siendo el lenguaje central en la constitución del sujeto, la novela trabaja la relación específica que cada uno de estos personajes tiene con el lenguaje y con el discurso, marcando por medio de esa relación, los distintos grados de enajenación social que sufren. Los estudios de género sexual han demostrado la importancia del discurso en la construcción de la realidad así como la relación de los sujetos masculinos y femeninos con el lenguaje.³ (El mismo Sánchez en muchos de sus ensayos discute el valor de la palabra como arma que permite la modificación de la circunstancia).⁴ Vicente Reinosa, el senador, usa (y abusa de) las palabras para manipular a la gente. Corrupto y mujeriego, Reinosa es el hombre maduro sin valores y sin conciencia. El lenguaje identifica la condición social privilegiada del personaje y es instrumento manejado por éste para la seducción o para obtener o preservar su poder social:

orador para Leones, charlista para Rotarios, “darling” de los industriales, disertante bimensual del comité de Defensa de la Libre Empresa, y rapsoda permanente de las Hijas Católicas de América que cierran los ojos embriagadas por el poder de su facundia. (121)

El énfasis en el manejo del idioma y la elevación de los atributos sexuales de Reinosa están unidos al mito del macho latinoamericano y del “latin lover” que prevalece en el imaginario colectivo. Vicente compara su capacidad de seducción y su poder sexual con la de los míticos actores latinoamericanos que conforman una imagen de la masculinidad, Rubirosa, Ricardo Montalbán, Jorge Negrete, y Carlos Gardel, entre otros:

Situaciones como ésta que ahora vivo y padezco atentan contra el sostenimiento y propagación y perpetuación de la tradición continental del latin lover. Y atentan contra el culto inmarcesible a las hazañas genitales de Ricardo Montalbán y yo, Fernando Lamas y yo, Porfirio Rubirosa y yo, Carlos Gardel y yo, Jorge Negrete y yo, Mauricio Garcés y yo... (120)

Si en la conformación del amante exitoso y en la definición de la masculinidad hegemónica, están la exaltación de una cierta imagen física, la capacidad verbal y de seducción unidas a la pericia sexual, el narrador describe irónicamente y a través de un retruécano la apariencia de Reinosa. La vacilación lingüística y la ambivalencia del narrador al describirlo es una estrategia para rebajar la masculinidad hegemónica que el personaje encarna: “Visto con crasa objetividad, el hombre no se ve mal pero tampoco se ve bien. Como que no se ve ni bien ni mal, que es una manera de verse como otra cualquiera” (119). A pesar de que no se alude directamente a la condición racial de Reinosa se da a entender que es blanco al subrayar su gusto por mujeres de color y contraponer la condición racial de éstas a la de su esposa, Graciela Alcántara, a quien se describe como muy blanca. En las coordenadas racistas, al considerarse lo blanco como la norma, no se nombra, mientras que se nombra el ser negro o mulato—por considerarlo la alteridad. El mismo senador Reinosa subraya que sus amantes son negras y mulatas:

Las hembras de color me acaloran: el peor secreto guardado del Senado: El senador Guzmán par de un par de moteles, entre mofas y farfullas lo acusa de

trata de negras: las hembras de color me acaloran: acepta el calor del color con el sentimiento trágico de la vida...(177)

La predilección por las mujeres negras y mulatas incide en el estereotipo que prevalece en el imaginario eurocéntrico de éstas como ardientes, voluptuosas y relegadas al rol de amantes de turno y objeto sexual del hombre blanco—estereotipo que tiene una larga tradición en las letras latinoamericanas. La cita anterior muestra el chismorreo entre los políticos puertorriqueños y la doble moral que prevalece entre ellos al casarse con una mujer blanca siendo sus verdaderos objetos de deseo, las negras.

Contrastando con Vicente Reinoso, quien se regodea en el manejo de la palabra, a pesar que sus discursos están cargados de lugares comunes y de repeticiones, está su hijo Benny. Si la enajenación del padre se ve en un discurso excesivo e incoherente; la del hijo se manifiesta en la carencia verbal. Benny, el joven irresponsable, de clase media alta, vacuo, americanizado —como su mismo nombre indica— es el representante de la generación “o sea” como llamó Sánchez a este grupo social en uno de sus ensayos.⁵ Todos los discursos de Benny empiezan con “O sea” lo cual indica sus limitaciones lingüísticas y su simplicidad intelectual:

O sea que es un genuino descubrimiento el que descubro que el Ferrari es de Italia, en Italia vive el papa y el papa vive en el Vaticano y el Vaticano tiene inmunidad política. O sea que se dice inmunidad o impunidad... (161)

Como se aprecia en el texto anterior, el discurso del joven es repetitivo, expresa desconocimiento del léxico y muestra una total ignorancia. Por otra parte, su condición de hijo de la clase pudiente se manifiesta en el hecho de poseer un Ferrari. Su identidad y masculinidad están condicionadas por la posesión de un auto caro. El compensa su deficiencia intelectual y verbal con la posesión y exhibición de un artículo de consumo codiciado y de prestigio social.⁶

El grupo de amigos formado por Benny, Bonny, Willy, y Billy --todos tienen apodos en inglés para marcar la pertenencia a la clase alta — muestra la solidaridad entre iguales y cómo la identidad individual está supeditada a la de la colectividad de toda una generación sin conciencia social pero que reconoce el privilegio que gozan y que desean mantener a toda costa. Representan un tipo de masculinidad hegemónica, por su clase social, y cómplice por su edad, es decir, es una masculinidad que acepta y reproduce la hegemónica aunque necesariamente no la encarnen. Los jóvenes quienes gozan de los privilegios de su clase se involucran en actividades ilícitas en que usan la fuerza física para destruir las oficinas de un grupo de ideología diferente o atacar sexualmente a una mujer. Por su parte, el Nene es el niño subdesarrollado, el hidrocéfalo, víctima de su sociedad y quien no tiene acceso al logos ni al lenguaje. Se dice que el Nene es un “alienado benigno”. El Nene está en la categoría de masculinidad devaluada que como explican Ramírez y García Toro encarnan el loco, el bobo, el mingo (es decir, el tipo débil y temeroso que es objeto de burla (12). Por su edad y por su condición de retrasado el Nene es doblemente devaluado. La participación nula en la sociedad y su marginalidad subrayan su posición inferior lo que se reitera por la comparación del Nene con un reptil:

“Como un reptil manchado por escamas y llagosidad abrupta; como un reptil desempatando el rabo estriado; lentitudes, torpezas; como un reptil desesperezándose, poniéndose de pie y despatarrado...”(197).

Su dependencia total de otros y su falta de razón y discurso lo sitúan en la periferia social. El atropello y muerte del Nene por parte de Benny en su Ferrari, lo cual le da un final trágico a *La Guaracha* apuntando al homicidio entre las generaciones jóvenes, reafirma su rol de víctima de la sociedad. La forma en la que se relata el atropello del niño reitera su falta de voz y su ausencia y la escasa representación que tiene en la sociedad. Al final, la voz que se escucha es la de Benny negando su culpabilidad:

Yo no tuve la culpa a unas mujeres que gritan horrorizadas. Yo no tuve la culpa a unos niños que dan vuelta por la esquina. Yo no tuve la culpa a una vieja que se ataca y se persigna y dice se me hizo tarde en la paganía del abogado. Yo no tuve la culpa a unos sesos reventados en la puerta del Ferrari y a unos ojos estrellados por la cuneta como huevos mal fritos. Benny no oye asombros. Benny no oye lamentos. Benny no siente la tarde respirar con dificultad. Benny no ve el crepúsculo armar la guerrilla contra el imperio de azules. Benny pregunta enmohecido, por prisas apresurado: o sea que ¿cuándo podré lavar mi Ferrari?: la voz chillada y es rencor dañándolo: me cago en la abuela de Dios. (311)

La reacción de Benny ante el crimen que ha cometido delata su insensibilidad y falta de humanidad. A través de Benny, aspirante a la masculinidad hegemónica, se hace una crítica a la falta de conciencia y de humanidad de este tipo de varón rudo y violento a quien lo único que le interesa es la ostentación del poder social y económico.

Mientras que Vicente Reinoso, Benny y el Nene presentan formas de masculinidad compleja y problemática y completan una visión de una sociedad enferma y corrupta, *La importancia de llamarse Daniel Santos* (1988) desconstruye el mito del macho latinoamericano. En sus asedios a la masculinidad patriarcalista, como vimos anteriormente, el narrador rebaja al personaje del senador Reinoso mientras que en *La importancia...*, Sánchez continúa la exploración del sujeto masculino y su conformación en la figura del popular bolerista Daniel Santos. Las referencias al bolero traen una retórica de seducción con un lenguaje, una idiosincrasia y unos códigos particulares del imaginario caribeño. El político y el bolerista, dos figuras cuyo poder se basa en la manipulación de las palabras, las imágenes corporales y los códigos de seducción, representan modelos que unas veces imitan y otras desafían los varones de menos poder social. Daniel Santos, con los hombres es, a veces aliado y otras, rival contra quien los otros necesitan probarse según las convenciones de la homosociabilidad.

Identificado con el imaginario homosocial caribeño están ciertos espacios como el bar y el billar, los cuales ocupan un lugar privilegiado en *La importancia...* La masculinidad, como también la feminidad tiene sus espacios claramente demarcados. El narrador advierte que el billar es cuestión de machos y es en palabras del narrador, “sede de la varonía dogmática”. En el billar, la mujer es tema de conversación entre varones; ella es mercancía con la cual los varones trafican. Esto coincide con las ideas de Luce

Irigaray, para quien la heterosexualidad es la asignación de papeles económicos dentro de una lógica en la que prevalecen los sujetos productores y los agentes del intercambio, los cuales son siempre hombres; y por otro lado, los objetos de cambio, que son las mujeres. El patriarcado, basado en relaciones entre hombres que establecen una jerarquía de solidaridad e interdependencia, les permite a ellos controlar a las mujeres. Así, dentro de las estructuras de dominación patriarcal, la heterosexualidad se impone y se rechaza la homosexualidad. Irigaray en *This Sex Which is Not One* señala que los intercambios sociales y económicos en los que se basan las sociedades patriarcales son exclusivamente homosociales, esto es, ocurren estrictamente entre hombres (192).

En la caracterización de la masculinidad en *La importancia de llamarse Daniel Santos*, como en *La guaracha*, se destacan la actividad sexual excesiva del hombre y el control que éste ejerce sobre las mujeres, ya sea por el poder de la seducción o por el uso de la fuerza física. El énfasis en la actividad sexual de los varones y el ejercer control sobre las mujeres son elementos característicos de la masculinidad hegemónica que se emplazan en estas obras. El sistema patriarcal en que se funda el estereotipo del macho está muy arraigado en el imaginario colectivo y en las convenciones de la homosociabilidad.⁷ Daniel Santos encarna al varón caribeño, mulato, y seductor. Es un Jano de doble cara: mujeriego de voz y discurso seductor, también es bravucón, castigador de mujeres, y se pone a prueba a través de la violencia y la agresión hacia ellas. Representa la hipermasculinidad, la cual se caracteriza por la exageración de atributos que se consideran propios del varón y que incluyen la tendencia a la rudeza, la violencia, la falta de afectividad y la agresividad (Ramírez y García Toro 9). La mirada crítica de Sánchez destaca la complejidad que conforma la masculinidad hegemónica y la hipermasculinidad destacando cómo éstas son un performance y forman parte de un sistema de múltiples representaciones:

Machos latinoamericanos que empujan la persona del varón hasta las fluencias de la representación. Que ser varón obliga a parecerlo primero. Parecer varón instruye un histrionismo rudimental. (Los modos son tensos. Estrecharse las manos apenas si procede, procede que las manos se estrellen una contra la otra. La ternura está proscrita entre los varones. La amistad entre los varones envuelve la seca de los afectos.) (*La importancia* 129)

En la conceptualización binaria del género sexual, la expresión de afectos pertenece a la esfera femenina; al hombre, tradicionalmente, se le ha negado la posibilidad de mostrar sus emociones y afecto, en general, pero sobre todo a otros hombres.⁸

La importancia de... es un desafío o impugnación a la masculinidad hegemónica latinoamericana y caribeña. A través de sus páginas se desmontan los mitos sobre el varón seductor y el uso del poder y la fuerza en los códigos de seducción del cual se vale. Este texto, como *La Guaracha del Macho Camacho* cuestiona por medio del humor caribeño y el lenguaje crítico la masculinidad hegemónica a la vez que marca la hibridez cultural y la heterogeneidad racial de la sociedad puertorriqueña. La literatura de Sánchez logra lo que él postula como necesario en su ensayo “Cinco problemas al escritor puertorriqueño”, esto es, reconocer los “demonios nacionales” y “abundar en el

reconocimiento de los lenguajes críticos“ (121). Nos demuestra que la palabra es una toma de poder y un arma para la modificación de la circunstancia.

Notas

¹ Hago contar mi agradecimiento a la institución del PSC-CUNY por otorgarme una beca durante el año 2007-2008. Le agradezco a Mabel Cuesta sus sugerencias y su lectura.

² Ver Gelpí, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. En la nota número 16 de la página 27 señala que en el mismo año que se publica la *GMC* aparece en Puerto Rico *Hacia una visión positiva del puertorriqueño* de Juan Ángel Silén. Este libro, en particular la sección, “La literatura de la docilidad”, una clara referencia al ensayo *El puertorriqueño dócil* de René Marqués, hace una lectura de las distintas generaciones literarias de la isla.

³ Ver el estudio clásico feminista *Man Made Language* de Dale Spender.

⁴ El uso de la palabra es tema de su ensayo “La generación o sea” en que apunta: “una palabra es mucho más que una palabra: es una toma de poder, una arma que permite la modificación de la circunstancia, una licencia para instalarse en el mundo” (53).

⁵ Ver Sánchez, “La generación o sea” en que expone que la vacilación lingüística es el resultado de una educación ambivalente colonizada y colonizadora del hogar y la escuela.

⁶ *La Guaracha* presenta un fuerte discurso crítico contra el consumerismo de la sociedad puertorriqueña.

⁷ Homosocial es, como explica Eve Kosofsky Sedgwick en su libro *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*, un neologismo que se usa en las ciencias sociales para describir los vínculos entre personas del mismo sexo (1).

⁸ *El entierro de Cortijo* de Rodríguez Juliá muestra una masculinidad diferente al integrar la ternura en su definición. Aún más se pone mucho énfasis en la ternura, la cual ha sido excluida tradicionalmente de los códigos de la masculinidad.

Obras Citadas

Connell, Raewyn W. “The Case for Men’s Studies” en *Masculinities: Knowledge, Power and Social Change*. Berkeley: University of California Press, 1995. 39-62.

_____.”La organización social de la masculinidad” en *Masculinidad, poder y crisis*, eds. T.Valdés y J.Olavaría 31-48. Santiago: FLACSO, Chile.

-
- Cruz-Malavé, Arnaldo. "What a Tangled Web! Masculinity, Abjection, and The Foundation of Puerto Rican Literature in the United States." *Differences* 8.1. (1996): 132-51.
- Fernández Olmos, Margarite. "Luis Rafael Sánchez and Rosario Ferré: Sexual Politics and Contemporary Puerto Rican Narrative." *Hispania: A Journal Devoted to the Teaching of Spanish and Portuguese*, 70:1 (1987 Mar). 40-46.
- Gelpí, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993.
- Irigaray, Luce. *This Sex Which is not one*. Traducción de Catherine Porter y Carolyn Burke. Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985.
- Ramírez, Rafael. *What it Means to be a Man*. New Jersey: Rutgers University Press, 1993.
- Ramírez, Rafael y Víctor García Toro. "Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión." *Centro: Journal of Puerto Rican Studies*, 2002. 5-25.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. *El entierro de Cortijo*. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1991, 5ª.ed.
- Sánchez, Luis Rafael. *En cuerpo de camisa*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1990.
- _____. *La Guaracha del Macho Camacho*. Madrid: Cátedra, 2005.
- _____. *La importancia de llamarse Daniel Santos*. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2005.
- _____. "La generación o sea". *La guagua aérea*. San Juan Puerto Rico: Editorial Cultural, 1994.
- Santos Febres, Mayra. *Sobre piel y papel*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2005.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia University Press, 1992.
- Spender, Dale. *Man Made Language*. London and New York: Routledge & Kegan Paul, 1980.